

à los españoles no mostrasen alteracion, sino que todos estubiesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al señor con tales nuevas. Moteuhsoma y Cortés comieron juntos con gran regocijo de todos, unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irian los que no podian volver à su tierra. A Moteuhsoma le pesaba, segun dicen algunos, aunque no lo mostraba, y un su capitan gran cosario (cazador) viendo esto le aconsejaba que matase los españoles de Cortés pues eran pocos, y así tendria menos que matar en los que venian, y no dejase juntar unos con otros, y porque aquellos no osarian llegar muertos estos; con esto llamó Moteuhsoma à consejo muchos señores y capitanes, propuso el caso y el parecer de aquel capitan: diversos votos hubo en ello, pero al cabo se concluyó en que dejasen llegar à los españoles que venian, pensando como suele decirse que mientras mas moros mas ganancia, que así matarian mas y à todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad se tornarian los otros à las naos, y no podrian hacer el sacrificio de ellos que sus dioses querian. En esta determinacion pasaba Moteuhsoma cada dia con quinientos caballeros y señores à ver à Cortés, y mandaba servir y regalar à los españoles mejor que hasta entonces, puesto que habian de durar poco en la tierra.

CAPITULO 119.

De como Diego Velazquez envió contra Cortés à Pánfilo de Narváez con mucha gente.

Estaba Diego Velazquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto que poco ò ninguno habia hecho, cuanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas de él porque no le habia dado cuenta ni parte como à teniente de gobernador de Cuba, de lo que habia hecho y descubierto, sino enviádola à España al rey, como si aquello fuera mal hecho ó traicion; y donde primero mostró la saña fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto primero de sus primicias y presente, y las relaciones de lo que tenia descubierto y hecho al rey, y à su consejo con Francisco de Montejo y con Alonso Hernandez Portocarrero en una naó, por lo que luego armó una ò dos carabelas, y las despachó corriendo à tomar la de Cortés y lo que llevaba, y en una de ellas fué Gonzalo de Guzman, que despues fué teniente gobernador en Cuba por su muerte. Mas como se detuvieron mucho en apresarlas, ni las tomaron ni vieron, y despues como cuanto mas prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto mas le creciese la saña y mala querencia, no hacia sino pensar como deshacerle y destruirle. Estando pues en este pensamiento, sucedió que llegó à Santiago de Cuba Benito Martin, su cape-

llan, que le trajo cartas del emperador y el título de adelantado, y cédula de la gobernacion de todo lo que hubiese descubierto, poblado y conquistado en tierra y costa de Yucatán, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de México à Cortés, quanto por el dictado y favores que el rey le daba, y trazó luego esta armada que fué de diez y nueve buques incluso siete bergantines, novecientos españoles con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narváez para que viniese de capitan general de ella y su teniente de gobernador, y porque mas presto partiese anduvo él mismo por la isla, y llegó à Guaniguani-co que es lo postrero de ella al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velazquez à Santiago, y Pánfilo de Narváez à México, llegó el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de santo Domingo en nombre de aquella chancilleria, y de los frailes gerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodriguez de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, à requerir con graves penas à Diego Velazquez que no enviase ya à Pánfilo que no fuese contra Cortés, que seria causa de muertes, guerras civiles y otros muchos males entre españoles, y se perderia México con todo lo demas que estaba ganado y pacífico para el rey: díjole que si tenia enojo con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al emperador pertenecia conocer y sentenciar la causa, y no que él mismo hiciese justicia en su propio pleito, haciendo fuerza al contrario: rogóles si querian servir à Dios y al rey primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen à conquistar nuevas tierras, pues habia hartas descubiertas sin las de Cortés, y tenian tan buena gente y armada. No bastó este requerimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllon, para que Diego Velazquez y Narváez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinacion en ellos, y tan poca reverencia à la justicia, acordó irse con Narváez en la naó que vino desde santo Domingo, para estorbar estos daños, pensando que lo conseguiria mejor allà con él solo, que no estando presente Diego Velazquez, y tambien por tratar entre Cortés y Narváez si acaso rompiesen. Embarcóse con esto Pánfilo en Guaniguani-co, y fué à surgir con su flota cerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allà un clérigo à Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara, à requerirlos que lo tuviesen por capitan y gobernador, pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron à México à Cortés para que se informase de ellos: sacó luego à tierra la gente, caballos, armas y artilleria, y fuese à Zempoalan: los indios comarcanos así amigos de Cortés como vasallos de Moteuhsoma, le dieron oro, mantas y comida pensando que era gente de Cortés.

CAPITULO 120.

Lo que Cortés escribió á Narváez.

Mas de lo que nadie puede discurrir, dió que pensar esta nueva y grande armada á Cortés antes que supiese cuya era. Por una parte se alegraba de que viniesen españoles: por otra parte le pesaba de tantos; si venian á ayudarle tenia por ganada la tierra, si contra él por perdida: si venian de España creía que le traerian buen despacho: si de Cuba, temia guerra civil con ellos. Parecíale que de España no podia venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas y que debia venir allí Diego Velazquez, y despues de sabido tuvo otro tanto que pensar porque le cortaban el hilo de su prosperidad, y le atajaban los pasos que traia en calar los secretos de la tierra, las minas, las riquezas y las fuerzas, los que eran amigos de Moteuhsoma ó enemigos: estorbábale de poblar los lugares que comenzado tenia, de ganar amigos, de cristianizar los indios que era y debia ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del rey, y á provecho de la nacion española; temia que por desviar un inconveniente se le podian seguir muchos, y si dejaba llegar á México á Pánfilo de Narváez, capitán que venia de aquella flota por Diego Velazquez de Leon, estaba cierta su perdicion: si salia contra él la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteuhsoma, ponía en contingencia su vida, su honra y sus trabajos. Por no venir á estos extremos arrimóse á los medios: lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velazquez de Leon que iba á poblar á Goazacoalco, que eran unas minas, para que luego vista su carta se tornase á México, y dióle noticia de la venida de Narváez, y de la necesidad que habia de él, y de los ciento y cincuenta españoles que consigo llevaba: el otro á la Veracruz á traerle razon enteramente cierta de la llegada de Pánfilo, qué buscaba y qué decia. El Juan Velazquez hizo lo que Cortés le escribió y no lo que Narváez, que como á cuñado suyo y deudo de Diego Velazquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á México veinte españoles con aviso de lo que Narváez publicaba, y llevaron presos á un clérigo, á Alonso de Guevara, y á Juan Ruiz de Vergara, que habian ido á la villa por amotinar la gente de Cortés sócolor que iban á requerirla con cédulas del rey; lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, del órden de la Merced con otros dos españoles, á ofrecer su amistad á Narváez, y no la queria á requerirle de parte del rey y en nombre suyo como justicia mayor de aquella tierra, y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz que estaban en

México, que entrase callando si traía provisiones del rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra, no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allí tenían los españoles, ni el servicio del emperador, ni la conversion de los indios; y si no las traía y mostraba, que se volviese y dejase en paz la tierra y la gente. Poco aprovechó este requerimiento, ni las cartas de Cortés y cabildo; soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narváez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenia como se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno por el conocimiento viejo que entre ellos habia, y que se viesen solos si gustaba para dar órden como no hubiese guerra, muertes, ni enojo entre españoles y hermanos; porque si traía provisiones del rey y se las manifestaba á él ó al ayuntamiento de la Veracruz, que se obedecerian como era justo; y si no que tomarian otro buen asiento. Narváez como venia tan pujante, nada ó muy poco cuidaba de aquellas cartas ni ofertas, ni requerimientos de Cortés, y tambien porque Diego Velazquez que le enviaba estaba mal enojado é indignado contra Cortés.

CAPITULO 121.

Lo que Pánfilo de Narváez dijo á los indios y respondió al capitán Cortés.

Pánfilo de Narváez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitán y señor, que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en México que eran sus mozos, y que él venia á cortarles la cabeza, á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre; ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de medrosos ó ligeros. Con esto le servian y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. Tambien se congració con Moteuhsoma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey: que era hombre bandolero y codicioso: que le robaba su tierra y le queria matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y restituírle cuanto aquellos malos le habian tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prenderia y mataria, ó echaria en prison; por eso que estuviese alegre pues presto se verian, y no habia de hacer mas de restituírle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decia públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parecian muy mal aun á los de su ejército, y muchos no las pudieron sufrir sin afeárselas, especialmente Bernardino de santa Clara, honrado caballero, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le

dió una buena reprehension, y asimismo le hizo uno y muchos requerimientos el licenciado Ayllón, y le mandó bajo grandes penas de muerte y perdición de bienes, que no dijese aquello ni fuese á México, que seria grandísimo escándalo para los indios y desasosiego de los españoles, deservicio del emperador y estorbo de la propagacion del evangelio. Enojado de ello Pánfilo prendió al licenciado Ayllón oidor del rey, á un secretario de la audiencia, y á un alguacil, metiéndolos en otra nao y enviándolos á Diego Velazquez; mas él se supo dar tan buena maña, que ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del rey, se volvió libremente á su chancilleria, donde contó cuanto le sucedió con Narváez á sus compañeros y gobernadores, que no poco dañó los negocios de Diego Velazquez y mejoró los de Cortés. Así como prendió Narváez al licenciado, luego pregónó guerra (como dicen) á sangre y fuego contra Cortés. Prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés, á Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, y otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropas á los suyos haciendas mercedes de lo ageno: cosas fueron estas harto livianas, y fanfarronas. Muchos españoles de Narváez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllón, ó por la fama de la riqueza, y franqueza de Cortés, y así Pedro de Villalobos y un portugués Villalobos, y otros seis ó siete se pasaron á la parcialidad de Cortés, y otros le escribieron (á lo que algunos dicen) ofreciéndosele si venia para ellos, y que Cortés leyó las cartas, callando las firmas y nombres de cuyas eran á los suyos, en las cuales les llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y de quitarles la hacienda y tierra: otros cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro, que envió de secreto al real de de Pánfilo de Narváez con un criado suyo, y que publicaba tener en Zempóalan doscientos españoles; todo pudo ser, que el uno era tibio y negligente, y el otro era cuidadoso y ardía en los negocios. Narváez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo sustancial de la carta era, que fuese luego vista la presente á donde él estaba, que traía y le quería mostrar unas provisiones del emperador para tomar posesion, y tener aquella tierra por Diego Velazquez, y que ya tenia hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores: tras de esta carta envió á Bernardino de Quezada y Alonso de Mata, á requerirle que saliese de la tierra só pena de muerte y notificarle las proviiones, mas no se las notificaron porque no las llevaban, que fuera poco sábio si de nadie las confiara, ó porque no le dieron lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del rey, no lo siendo ó no mostrando el título, para que despues lo castigara la justicia.

CAPITULO 122.

Lo que dijo Cortés á los suyos.

Viendo pues Cortés que hacian poco fruto las cartas y mensageros, aunque cada dia iban y venian de Narváez á él, y de él á Narvaez, y que nunca se habian visto ni mostrado las provisiones del rey, acordó verse con él, que barba á barba (como dicen) *vergüenza se cata*, y por llevar el negocio por bien y buenos medios si posible fuese, y para esto despachó á Rodrigo Alvarez el chico veedor, á Juan Velazquez y Juan del Rio que tratasen con Narváez muchas cosas, pero tres fueron las principales; que se viesen solos ó tantos á tantos: que Narváez dejase á Cortés en México, y él se fuese con los que traía á Panuco que estaba de paz, con personas de aquellas muy principales que tenia ó á otros reinos, y que Cortés pagaria los gastos y socorreria los españoles que traía, ó que se estubiese Narváez en México y diese á Cortés cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos, él se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que traía del rey y las obedeceria. Narváez no vino á ningun capítulo ni partido, solamente al concierto de que se viesen cada uno con diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres, mas no se efectuó porque Rodrigo Alvarez chico, avisó á Cortés de la trama que Narváez urdía para prenderle ó matarle en las vistas. Como entendia en el negocio entendió tambien la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no queria mal á Cortés; desechos los conciertos determinó Cortés ir contra él. Antes de partir habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuanto él por ellos y ellos por él habian hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces: dijo como Diego Velazquez en lugar de darles las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narváez, que era hombre recio, mal acondicionado y cabezudo, por lo que habian hecho en servicio de Dios y del emperador, y porque acudieron al rey como buenos vasallos, y no á él no siendo obligados, y que Narváez les tenia ya confiscados sus bienes y hechas mercedes de ellos á otros, y los cuerpos condenados á la horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todo hacia; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos siendo tales y tan buenos querian disimular y dejar sin el castigo que merecia; y aunque la venganza él y ellos la debian dejar á Dios, que da el pago á los soberbios y envidiosos, que le parecia á lo menos no dejar gozar de sus trabajos y sudores á otros que con sus manos lavadas venian á beber la sangre del prójimo, y que descodadamente iban contra los españoles, levantando losin-

dios que los servian como amigos, y urdiendo guerras peores que las civiles de Mario y Sila, ni que las de César y Pompeyo que destruyeron el imperio romano, y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar à México; pues era mejor *Dios os salve, que no* (150) *¿quién está allá?* Que si eran muchos, valia mas á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga, y que buen corazon quebranta mala ventura, como el suyo de ellos que estaba pasado por el crisol, despues que con él seguian las armas y guerra. Asimismo que de los de Narváez habia muchos que se pasarian á él; por eso que les daba cuenta de lo que pasaba y hacia, para que los que quisiesen ir con él se aperciesen, y los que no que quedasen mucho en buena hora á guardar à México y à Moteuhsoma que tanto montaba; hízoles tambien muchos ofrecimientos si tornaban con victoria. Los españoles dijeron que como él ordenase así lo harian. Mucho los indignò con esta plática, y á la verdad temian la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narváez, y por otra parte á los indios que ya tomaban armas con ver discrecion entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros. De todas estas cosas estaba afligido Cortés, aunque mostraba mas ánimo que un César.

CAPITULO 123.

Ruegos de Cortés á Moteuhsoma.

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mismo deseaba, habló à Moteuhsoma por ir con menos cuidado y por saber lo que habia en él, y díjole semejantes razones á estas.

Señor: „conocido teneis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y à mis compañeros hareis cuando nos vayamos muy crecidas mercedes: pues ahora os suplico me las hagais en estaros siempre aquí, y mireis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo con el oro y joyas que les queda y que vos nos disteis, que yo me parto á decir à aquellos que poco ha llegaron en la flota, como V. A. manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo à vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que estén en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar é irnos como es vuestra voluntad y merced; y si entre tanto que voy y vengo alguno de los

[150] *En muchos pasages de esta historia hace Cortés el papel de un D. Quijote; pero en este representa à maravilla el de Sancho con sus refranes. Estos son verdaderos razonamientos de un capitan español que habla á soldados, gente ruin y estúpida, no los de Solís.*

vuestros de mal criado, necio ó atrevido, quisiese enojar à los míos que en vuestra guarda quedan, mandareisles que estén quedos sin alborotarse, que lo propio mando que ningún español sea atrevido á tener enemistad con los vuestros, porque los castigaré.”

Moteuhsoma prometió de hacerlo así, y le dijo que si aquellos eran malos y no hacian lo que les mandara, que se lo avisase, y él le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si queria le daria guias que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaria que le sirviesen por el camino, y mantuviesen. Cortés le besó la mano por ello: agradeciòselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática: mas no conoció de él lo que pretendia, ó porque aun no le habian dicho nada de parte de Narváez, ó porque disimuló gentilmente holgándose de que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allí tendria mas cierta su libertad, y se aplacarían sus dioses.

CAPITULO 124.

La prision de Pánfilo de Narváez.

Estaba tan bien quisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querian ir con él, y así pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron doscientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Juan Velazquez de Leon. Dejó à los demas en número de ochenta y tres en guarda de Moteuhsoma y de la ciudad: dióles por capitan á Pedro de Alvarado y á Juan de Cabra; dejóles la artilleria y las cuatro fustas que habia hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente à que Moteuhsoma no se ladéase á Narváez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles, y con ocho ò nueve caballos que tenia y muchos indios de servicio. Pasando por Cholóllan y Tlaxcàlan, fué bien recibido de aquella república y de los cuatro señores. Quince leguas ó poco menos antes de llegar à Zempóalan, donde Narváez estaba, encontró à dos clérigos, y á Andres de Duero su conocido y amigo, á quien debia dineros que le prestó para acabar de fortalecer la flota, que venia á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narváez, y á entregarle la tierra y fuerzas de ella; donde no, que procedería contra él como contra enemigo y rebelde hasta ejecucion de muerte; y si lo hacia que le daria sus náos para irse, y le dejaria ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortés que antes moriría que dejarle la tierra que habia ganado y pacificado por sus puños, é industria, sin mandamiento del emperador; y si á gran tuerto le queria ha-

cer guerra se sabia defender, y si vencía como esperaba en Dios y en su razon, que no habia menester sus naves; y si moria mucho menos: y así que le mostrase las provisiones y recaudo que del rey traía, porque hasta primero verlas y leerlas, no aceptaria partido ninguno; y pues no las habia mostrado ni mostraba, que era señal que no las traía ni tenia; que siendo así, él le rogaba, requería, y mandaba se tornase con Dios á Cuba; si no que le prenderia y enviaria con grillos á España al emperador, que lo castigase como merecian sus deservicios y alborotos; y así con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se levantarían, y se fuese antes que mas muertes ó males se recreciesen: donde no, que para el dia de pascua de Espíritu Santo, (que era de allí á tres dias) seria con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y se mofó reciamente de Cortés que con tan poca gente venia haciendo fieros: hizo alarde de su gente delante de Juan Velazquez de Leon y Juan del Río, y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de á caballo, y aun dijoles, ¿como os defendereis de nosotros si no hacedis lo que queremos? Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mismo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuceó con los caballos, y luego con la artilleria para atemorizar los indios: por cuyo temor el gobernador que allí cerca tenia Moteuhsona, le dió un presente de mantas y joyas de oro en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho: Narváez envió como dicen de nuevo otro mensajero á Moteuhsona y á los caballeros de México, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decían que Cortés venia cerca, salía á correr el campo, y el dia de pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba; y como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traía le burlaban, y tornóse á su real ya de noche y durmióse; por si los enemigos viniesen puso por centinelas en el camino casi una legua de Zempóalan, á Gonzalo de Carrasco y á Alonso Hurtado. Cortés andubo el dia de pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos: poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval su alguacil mayor, para que prendiese á Narváez si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía, conque lo hiciese. Los corredores de Cortés que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narváez; tomaron á Gonzalo de Carrasco que les dijo como tenia repartido Pánfilo de Narváez en el aposento, gente y artilleria. El Alonso Hurtado se les esca-

pó y fué á mas correr, y entró por el patio del aposento de Narváez diciendo á voces, *arma arma* que viene Cortés! A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creían. Cortés dejó los caballos en el monte, y algunas picas que faltaban para que todos los suyos las llevasen buenas, y entró el delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media noche, que por descuidarlos y no ser visto aguardó aquella hora; mas por bien que caminó ya se habia sabido, por la centinela que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados y muchos enfrenados, y los hombres armados; entró tan sin ruido, que primero dijo *cierra y á ellos*, que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos lucernas (*cocullos*) (151) y pensaron que eran mechas de arcabus; si un tiro soltaran huyeran. Dijeron á Narváez estándose poniendo una cota de malla, mirad señor que entra Cortés, respondió: *dejadle venir que viene á verme*. Tenia Narváez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles y á la puerta trece tiros, ó segun otros dicen diez y siete, todos de fusileria. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta compañeros, y él se quedó á la puerta para defender la entrada con veinte, y los demas cercaron las torres, y así no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narváez como sintió el ruido junto á sí, quiso pelear por mas que le fué requerido y rogado, y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés que le sacaron un ojo; echáronle luego mano y arrastrando le llevaron las escaleras abajo, y cuando se vió delante de Cortés dijo: „señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa:” él le respondió: „lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.” Luego le hizo aprisionar y llevar á la villa Rica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate poco; que dentro de una hora ya estaba Pánfilo arrestado y los mas principales de su hueste, y quitadas las armas á los demas. Murieron diez y seis de los de Narváez, y de los de Cortés dos solamente, que mató un tiro. (152) No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artilleria con la prieta que Cortés les dió, si no fué un tiro conque mataron aquellos dos. Teníanlos tapados con cera por la mucha agua: de aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortés tenia sobornado el artillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y ren-

[151] *Animalitos semejantes á la cucaracha que abundan en la costa de Veracruz, y dan una luz fosfórica muy hermosa. Aparecen en marzo y desaparecen al comenzar las aguas, ocultándose en los troncos de los árboles de los manglares.*

[152] *Bernal Diaz del Castillo dice que de Cortés fueron cuatro los muertos, y de Narváez cinco y muchos heridos.*

cidos, ni á Narváez que tanto mal habia dicho de él, estando muchos de los suyos con ganas de vengarse, y Pedro de Maluenda criado de Diego Velazquez que venia por mayor-domo de Narváez, recogió y guardó los navios y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¡Cuanta ventaja hacia un hombre á otro! Qué hizo, dijo [y pensó cada capitán de estos dos: pocas veces ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nacion, especialmente estando los muchos en un lugar fuerte, descansados y bien armados; mas no es de maravillar esto, pues fué por la voluntad de Dios Poderoso que los gobierna y rige, que mas puede hacer.

EL EDITOR.

La historia de Narváez y su prision es uno de los pasajes mas interesantes de las conquistas de Cortés, porque ciertamente que si se hubiera frustrado la sorpresa que éste le dió, todos los españoles habrian perecido y la conquista jamás se hubiera hecho. Es mucho de estrañar por lo mismo que no se penetraran de esta verdad los que estaban á la cabeza del gobierno español, y que hubieran sostenido con tanto acaloramiento la faccion de Diego Velazquez contra Cortés. No puede negarse que éste caudillo en esta vez supo preeverlo todo y manejar con la mayor destreza los resortes de su astucia y política. Dueño del oro que habia recaudado de Mocteuhsoma, y del que habia recibido por sus obsequios particulares, supo hacer el mejor uso de este métal para seducir á los españoles de Narváez y atraerlos á su partido. El jamás dió cuartel á las pretensiones de éste, ni propuso otras transacciones que las que eran conformes con el espíritu de fidelidad que debia á la nacion española, sin descuidarse de sus intereses y aprovechamientos particulares, ni de su honor como guerrero. Al mismo tiempo que mostraba esta energia, trataba bien á los que se le presentaban á negociar de parte de Narváez, les persuadia con razones, y recababa su consentimiento y aprobacion con tejuelos y cadenas de oro que les regalaba, y por cuya medida (dice Bernál Diaz) los que se le presentaban convertidos en corderos; asi es que dentro del círculo de los mayores amigos íntimos de éste, se hizo partidarios que trabajaban en su obsequio eficazmente. Lo que mas admira es que hubiése ganado de tal modo el corazón del capitán Juan Velazquez de Leon, pariente inmediato de Diego Velazquez, que fué el que mas lo sostuvo delante de Narváez, y aun llegó á tirar de la espada en defensa de su fidelidad al rey de España. Es de admirar asimismo la prevision de Cortés en hacerse de viveres para la expedicion sacándolos de México y Tlaxcálam, en mandar disponer un armamento de 300 lanzas largas que mandó construir

para el asalto, aprovechándose del buen cobre que trabajaban los indios totonacos: de la distribucion que dió á su pequeña fuerza para impedir que se socorrieran mutuamente los de Narváez en los aposentamientos que ocupaban en el templo mayor de Zempóalam, donde se habian hecho fuertes, y de cuya localidad tenia idea cabal Cortés porque lo habia visto; y sobre todo el brio con que acometió tan ardua empresa aprovechándose hasta de la lluvia que cayó casi en el momento mismo de comenzarla. Dió además un carácter de legalidad á ella dando á Gonzalo de Sandovál un mandamiento de prision en forma forense, segun la ritualidad de los tribunales en que estaba muy versado, como escribano que habia sido en la villa de Azúa. Por entonces no abusó de su fortuna: trató á los vencidos con la mayor humanidad y dulzura como á unos compañeros engañados: estendió su liberalidad con todos para ganarlos, pues aun los que le quedaban todavia en el campo de descubierta bastaban para derrotarlo, y las providencias que dictó para asegurar este triunfo fueron las mas prudentes y adecuadas á las circunstancias criticas en que se hallaba, siendo cinco veces mayor el número de los vencidos que el de los vencedores. El que haya leído atentamente nuestra historia, solo podrá comparar esta sorpresa con la que el general americano Morelos dió al comandante D. Francisco París en su campamento de *Tonaltepeque* y punto de los *tres Palos* la noche del 5 de enero de 1811, por la que se hizo de 700 fusiles y cinco cañones, y dió el ser á aquel ilustre caudillo, objeto muy precioso de mi recuerdo. No desagradará á mis lectores saber que todavia existen las ruinas del templo de Zempóalam, y parte de la escalera por donde subió Cortés á la capilla donde dormia Narváez cuando fué atacado y herido. Este memorable acontecimiento sucedió el 27 de mayo de 1520, dominica de Pentecostés, y acabó de admirar á los españoles vencidos la circunstancia de haberse presentado á auxiliar á Hernán Cortés dos mil indios chinantecas que habia pedido de socorro y ya no se necesitaron, pues bastaron las 300 picas que el soldado *Tobilla* muy diestro en el mecanismo del ejército le habia mandado construidas en aquel pais, y los 60 soldados que se le reunieron al mando de Sandovál venidos del presidio de Veracruz en el pueblo de *Tapanacuetla*, distante 30 millas de Zempóalam segun Clavijero.

En el tiempo de la ausencia de Cortés de México (dice el mismo autor) ocurrió en esta ciudad la fiesta del incensamiento de *Huitzilopochtli* que se hacia en el mes *Toxcatl*, el cual empezó aquel año á 13 de nuestro mayo: era de las mas solemnes que se hacian con bailes del rey, de la nobleza, sacerdotes y pueblo, y se celebró en el patio del palacio de Mocteuhsoma. Atribuye el excés que allí se cometió á sugestion de los tlaxcaltecas enemigos irreconciliables de los mexicanos; mas aunque ereo que tendrian su influjo en el animo de Alvarado, no dudó atri-

buirlo principalmente á la codicia de apoderarse de las ricas joyas de que iban adornados los bailarines. Este era un ladrón descarado que habia robado ántes las bodegas de cacao, ropas y joyas de Mocteuhsoma en el cuartel, y muy capaz de toda maldad. Abrióse desde este memorable día una escena de sangre y horror que lora la humanidad y debe datarse en las páginas de la historia que refiera las crueldades de los españoles en la llamada nueva España. No dudémos por tanto creer, que si no hay este rompimiento la conquista si no se hubiera consumado pacíficamente á lo menos, se habria economizado la sangre de millones de hombres, y en el día tendríamos duplicada poblacion, pues se habria ahorrado el sitio de México comparable con el de Jerusalem, si no mayor á juicio de Torquemada, y la reedificacion de esta ciudad que les atrajo una peste que rebató millon y medio de indios. Es muy de notar que los tlaxcaltecas no quisieron franquear á Cortés cuatromil hombres que les pidió para la expedicion de Narváez, ó porque no se atreviesen á entrar en nuevas batallas con los españoles, ó porque no quisiesen alejarse tanto de su patria, ó porque viendo á Cortés con fuerzas tan inferiores á las de su enemigo temiesen ser vencidos en la campaña.

CAPITULO 125.

Mortandad por Viruelas.

Costó esta guerra mucho dinero á Diego Velazquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narvaez, (153) y muchas vidas de indios que murieron, no á fierro sino de dolencia, y fué que como la gente de Narváez salió á tierra, salió tambien un negro con viruelas, (154) el cual las pegó en la casa que lo tenían en Zempóalam, y luego un indio á otro, y como eran muchos, y dormian y comian juntos, cundieron generalmente tanto en breve, que por toda aquella tierra andubieron matando: en las mas casas morian todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos y acostumbraban bañarse á todos males, bañábanse con ellas, y se tullian, y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños frios sa-

[153] Despues se presentó la muger de éste ante la audiencia de México contra Cortés demandándole el ojo de su marido; solicitud que solo podia entenderse legalmente en los términos que los judios entendian la ley del Talion, es decir, no ojo por ojo, sino la cantidad en que se aprecia un ojo perdido.

[154] Llamábase Francisco Eguia. En el año de 1812 algunos soldados del batallon de Zamora trajeron la fiebre amarilla que aun se conserva en México modificada.... pregatos de los españoles, y motivos de gratitud á sus finezas!...

liendo de calientes, de *Temascalli*, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese, y los que quedaban vivos quedaron de tal suerte feos por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo: sobreviñoles hambre, y no tanto de pan como de harina, porque como no tienen molinos ni atahonas, no hacen otras cosas las mugeres sino moler su grano de *centli* entre dos piedras y cocerlo. Cayeron pues malas de las viruelas y faltó el pan, y perecieron muchos de hambre. Hedian tanto los cuerpos muertos que nadie los queria enterrar, y con esto estaban llenas las calles, y porque no los echasen en ellas derivaba la justicia las casas sobre los muertos: llamaron los indios á este mal *Huezahuatl*, que suena tanto como decir *la gran lepra*, de la cual como de cosa muy señalada contaban despues ellos sus años; me parece que pagaron aquí bien las bubas que pegaron á los españoles. (155)

CAPITULO 126.

Rebellion de México contra los españoles.

Conocia Cortés casi todos aquellos hombres que venian con Narváez: hablóles cortezmente, rogóles que olvidasen lo pasado que así haria él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á México que era el más rico pueblo de indias; volvióles sus armas que las habian perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narváez: los de á caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que se les dijo y prometió; en fin todos ellos que no venian sino á gozar de la tierra hojaron de ello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizó la guarnicion de la Veracruz y envió allá los navios de la flota: despachó doscientos españoles al rio de Garay, y tornó á enviar á Juan Velazquez de Leon con otros doscientos á poblar en Goazacoalco: (156) envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á México no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensageros de Narváez á Mocteuhsoma: el español que fué con las nuevas, en lugar de albricias tuvo heridas que le dieron los indios alzados; mas aunque llagado tornó á decir á Cortés como los de México estaban rebelados y con armas, y que habian quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que matáran ó prendieran los españoles, si Moteuhsoma

[155] La ventaja en esta parte está por los indios, y cuantos europeos habrán muerto y mueren de gálico desde el año de 1492?

[156] Tan interesante consideró este punto, y no se engañó.

no les mandara dejar el combate; y aun con todo eso no dejaron las armas ni el cerco, y solamente alojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés que le tornaron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros, y si un poco mas tardara no los hallára vivos sino muertos, ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Moteuhsoma de la prision. Hizo reseña en Tlaxcálan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de á caballo: llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcoco donde no vió los caballeros que conocia, ni le recibieron como otras veces ni por el camino tampoco, antes halló la tierra ó despoblada ó alborotada. A Tezcoco le vino un español que Alvarado enviaba á llamarlo y certificarlo de lo arriba dicho, y que entrase presto porque con su ida alojaria la ira. Vino asimismo con el español un indio de parte de Moteuhsoma, que le dijo como de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traia enojo de él que lo perdiese, y se fuese al aposento de primero donde se los dejó: con esto descansaron él y los demas españoles aquella noche que fué víspera de *S. Juan Bautista*. Entró por México al dia siguiente á hora de comer, con ciento de á caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcálan, Huexotcincó y Cholóllan. Vió poca gente por las calles, ningun recibimiento, algunas puentes desbaratadas, y en otras ruines señales. Llegó á su aposento y los que no cupieron en él fuéronse al templo mayor. Moteuhsoma salió al patio á recibirle, penado á lo que mostraba de lo que los suyos habian hecho: disculpóse y entróse cada uno á su cámara. Pedro de Alvarado y los otros españoles no se veian de placer con su llegada, y la de tantos que les daban las vidas que tenian medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse como estaban, y venian, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros referian de malo.

CAPITULO 127.

Las causas del rebelion.

Cortés quiso por entero saber la causa del levantamiento de los indios mexicanos: preguntólo á todos juntos; unos decian que por lo que les envió á decir Narváez, otros que por echarlos de México, para que se fuesen como estaba concertado en teniendo navios, pues peleando les voceaban, *idos lejos de aquí*; otros que por libertar á Moteuhsoma que en los combates decian; soldad á nuestro rey si no quereis ser muertos; quien decia que por robarles el oro, plata y joyas que tenian, y que valian mas de setecientos mil ducados; pues oían decir á los que llegaban cerca, aquí dejareis el oro que nos habeis toma-

do; quien, por no ver allí á los tlaxcaltecas, y otros que eran sus enemigos mortales; muchos en fin creian que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decirselo el diablo. Cada qual de estas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto mas todas juntas; pero la principal fué, porque pocos dias despues de ido Cortés á donde Narváez, vino cierta fiesta solemne que los mexicanos celebraban, y quisieronla hacer como solian, y para ello pidieron licencia á Pedro de Alvarado que quedó de alacide y teniente por Cortés, porque no pensase á lo que ellos decian, que se juntaban para matar los españoles. Alvarado se las dió con tal de que en la funcion no hubiese muertes de hombres, ni llevasen armas. Juntáronse mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores en el templo mayor, hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos con que silvan muy recio: hicieron su fiesta desnudos, pero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, braceletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljofar, y con muy ricos penachos en las cabezas; bailaron el baile que llaman *Mazebalitzli*, que quiere decir *merecimiento con trabajo*, y así dicen *mazebali* por labrador. Este baile es como el *Netoteliztli* que dije, que ponen ésteras en los patios de los templos, y encima de ellas los atabales: danzan en corro ó círculo trabados de las manos y por ringleras: bailan al son de los que cantan, y responden bailando: los cantares son santos y no profanos, en alabanza del dios á quien es la fiesta, porque les dé agua ó granos, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así; y dicen los prácticos intérpretes de esta lengua y ritos ceremoniales, que cuando bailan así en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al *Netoteliztli*, así con la voz, como con los menéos del cuerpo, cabeza, brazos y pies, en que manifiestan sus conceptos malos ó buenos, sucios ó loables. A este baile llaman los españoles *Aréylo* que es vocablo de las islas de Cuba y santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mexicanos en el patio del templo de *Huitzilopochtli*, fué allá Pedro de Alvarado; si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos, no lo sabré decir, mas que unos dicen que fué avisado, de que aquellos indios como principales de la ciudad se habian juntado allí á concertar el motin y rebelion que despues hicieron: otros que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos se acodiciaron del oro que traian á cuestras; y esto *es mas de creer*, (157) que no lo

[157] Si, toda es de creer del perverso carácter de Alvarado, oigámos lo que hablando de él dice el señor Lorenzana editor de las cartas de Cortés página 325. „Pedro Alvarado murió desgraciadamente arrojado de un peñusco, por los indios de Ezatlán diez leguas de Guadalajara año de 1541, y se acabaron sus pensa-